

Tiempos naturales: tiempos contruidos*

Mario Consens

Resumen

El autor muestra como el tiempo puede ser medido desde múltiples calendarios que son construcciones simbólicas plurales y diversas.

Así el tiempo no es una entidad real sino una abstracción existente en el discurso y regulado por el espacio en tanto medio ambiente.

Pone énfasis en la velocidad y en los ritmos de los cambios que determinan a una sociedad y su cultura que generan una temporalidad propia.

Se apoya en una taxonomía de los tiempos que discrimina el tiempo personal, el tiempo público, y el tiempo sedimentario. Recorre los equívocos que se producen al extraer conclusiones sobre conductas sociales que en realidad tienen un punto de partida estrictamente individual.

Se señala la imposibilidad de estos reduccionismos como también de su contrapartida, el macro reduccionismo que intenta infructuosamente explicar fenómenos de pequeña escala a través de datos recogidos en un macro nivel.

Lo micro y lo macro no son solo extensiones distintas sino que tienen fundamentalmente propiedades diversas que no son intercambiables.

La sumatoria de las pautas individuales no nos permite predecir el conjunto porque los macro procesos producen sus propios fenómenos con formas de articulación que no existen en los microprocesos.

Summary

The author shows how the time can be measured from multiplex calendars that are symbolical constructions, plurals and diverse. So the time is not a real entity but an existent abstraction in the discourse and regulated by the space related to environment.

Puts emphasis in the velocity and in the rhythms of the changes that determines a society and its culture that generates an own temporality.

It relies in a taxonomy of the times that segregates the personal time, the public time and the sedimentary time.

Runs over the mistakes produced while extracting conclusions about social conducts that indeed have a start point strictly individual.

It is pointed the impossibility of these reductions as well of its counterpart, the macro-reductionism that tries, with no chances, to explain little scale phenomenon through data obtained in a macro level.

Micro and macro are not just different extentions, they have fundamentally diverse properties, which are not interchangeable.

The summatory of the individual patterns does not let us to foretell the group, because the macroprocesses produce its own phenomenon with forms of articulation that do not exist in the micro-processes.

* Trabajo presentado en las "Jornadas de Historia y Psicoanálisis" organizadas por APU, en Montevideo el 5 de abril de 1997.

El que *hoy* sea el día dispuesto para la lectura de esta comunicación, no es impedimento para que *mañana* se pueda reiterarla. Pero la propuesta de que también pudiera hacerse *ayer*, no sería considerada como posible, válida y lógica por el lector.

Junto al juego de palabras y más allá aún, parece no haber ninguna duda respecto de las unidades a las que hago referencia. Días, horas, meses o años, forman parte de una hermética e inamovible estructura que nos permite colocarnos en este mundo: relacionarnos. Para aquellos enamorados (o necesitados) de la computación, un pequeño programa de distribución gratuita, les permitirá que su ordenador se ajuste directa y en forma automática con el reloj atómico de la Oficina Legal en Washington. A los efectos que no pierdan por el camino (incluso mientras duermen), ninguna décima de sus valiosos segundos...

Sin embargo, esta noción de tiempo tan “naturalmente” conceptualizada e integrada, no es utilizada por nuestros semejantes en las otras dos terceras partes del mundo en que vivimos. Así que, en aras de una mejor comprensión del problema que tratamos, permítanme retirar la etiqueta de universal que le asignamos a nuestro calendario. Porque apenas es solo uno de los tiempos en uso.

Cuando el 31 de diciembre de 1999, festejemos el ingreso del año 2000, será para los judíos un día más de su año 5760. Para ellos el nuevo año ya habrá sido celebrado en nuestro 11 de setiembre de 1999. Para los musulmanes será sólo el año 1449 de la Hégira, dado que también habrán festejado el nuevo año anteriormente: pero el 17 de abril.

Pero deberemos esperar al 5 de febrero del 2000 si deseamos festejar al abandono del año del conejo y el ingreso del año del dragón en el calendario chino con ciclos de 12 años.

También en marzo de ese 2000 podremos acompañar la entrada del año 2544 junto a los budistas. Mientras los budistas del Tibet, pasaran en ese mismo día del año 2126 al 2127.

Ese mismo día será el año 157 en el calendario Bahaí. En el que el año está dividido en 19 meses de 19 días.

Y para los nostálgicos, el 1 de enero del nuestro 2000, sería el 10 de nivoso del año 208 en el calendario republicano francés.

Otras sociedades minoritarias (o étnicas como se las llama ahora) también continúan hoy regulando su vida social, personal y cultural por sus propios y particulares calendarios. Que a veces son dos y actúan paralela e independientemente, como en el caso de los mayas. Uno solar de 365 días, compuesto por meses (*Winal*) de 20 días y años (*Tun*) de 18 meses, que se organizan en períodos de 20 años (*K'atun*), y otro calendario sacro de 260 días.

A partir de esta introducción, entiendo que no podemos seguir refiriéndonos al tiempo como entidad real, cuanto que es una unidad metafísica, una abstracción. Como tal no existe (excepto en el discurso). El tiempo sólo opera (y se regula) en función del espacio. Este no existe, sin aquel.

Relaciones unívocas y linealidad

La antropología nos permite agregar otros conceptos sobre el tiempo. Por ejemplo las sociedades aborígenes poseen conceptos múltiples de tiempo-espacio: y que además ellos no sólo son paralelos, sino que son concurrentes.

Mientras que para nosotros –occidentales– el tiempo transcurre como una recta con sentido direccional e irreversible, algunos grupos amazónicos lo perciben en forma ovoide, y otros, más al norte, saben (conocen) que es cíclico. En ese “tiempo” es totalmente “natural” que sus dioses puedan volver. Es más: deben volver. Tal como lo han hecho y lo harán también sus antepasados muertos. Y tal como ellos mismos lo recorrerán, en algún momento de su futuro-pasado.

En grupos de Oceanía, el tiempo-espacio es (para brindar una imagen gráfica) espiralado. Lo cual hace que en determinadas instancias, sucesos que ocurren en un punto de una espira, “salten” (para adelante o para atrás) hacia el punto más cercano de la espira próxima. Este procedimiento tan sencillo es suficiente para explicar (tan lógica y “naturalmente” como nosotros lo hacemos) que sus dioses, héroes e incluso los descubrimientos de aportes tecnológicos, se han producido y se producirán *ad infinitum*. Tal como aparecieron las islas que antes no existían, pero que gracias a que algunos dioses defecaron traviesamente, hoy emergen del océano, para permitirles las necesarias escalas en sus amplios periplos oceánicos. Explicaciones estas “lógicas y naturales” de hechos sucedidos en su tiempo...

Mientras que nosotros consideramos que los sucesos serán siempre un producto insoslayable del mecánico y automáticamente regulado acontecer que creamos, para otras sociedades, ellos son el resultado de acciones colectivas mítico-religiosas en las que sus miembros pueden interactuar.

La visión temporal más profunda que podamos tener como conocimiento de lo humano, nos la brinda la arqueología. Pero el tiempo es –para los arqueólogos– apenas **una construcción social**. Lo mismo ocurre con el espacio. O mejor dicho, con los múltiples conceptos del espacio. Y es así que surgen a lo largo de la investigación arqueológica de ese pasado, diferentes escalas y relaciones de tiempo y espacio, que se dan tanto como percepción, como evidencia.

Los arqueólogos comprenden que no es posible confundir tiempo con **temporalidad**. Esta última es un concepto persistente en lo humano: lo cronológico. Por lo tanto, al variar culturalmente sus unidades, cambia también su percepción.

En la determinación social del tiempo-espacio, no se emplean sólo nociones abstractas. Se introducen otros factores colectivos, como los medios de producción. Esto genera (como para los Desana de Colombia) ponderaciones inecualizables con nuestras unidades tempo-espaciales, puesto que ellos viven en una sociedad de consumo sin almacenamiento de excedentes, cuyos planos se reconocen (y operan) en planteos bipolares. Las unidades que así se generan, son relacionales y no absolutas.

No me introduciré en este aspecto, porque es el tema de otros en estas Jornadas: los tiempos individuales, sus transcurso y su costo social, así como la falta de conciencia de los mismos.

Ritmos y medio ambiente

La arqueología de hoy ha aprendido a trabajar con el mayor decurso temporal que podamos concebir (el cuántico proceso de hominización) que lo que más importa, no son los tiempos, ni el mero decurso histórico. Lo que importa y ha aprendido a reconocer, es la existencia de **velocidades de cambio**. O sea, la existencia de **ritmos**.

Es la variación de los ritmos –y no necesariamente los cambios– los que marcan y denotan históricamente una época. Porque al ser los cambios parte de los procesos, se vuelven transparentes: no perceptibles. Y en los procesos (en particular en los sociales) tiene más relevancia la velocidad de introducción de los cambios, que el mero decurso lineal de las acciones que ellos provocan. Que muchas veces (la mayor parte) ni siquiera son percibidas (denotadas) por los integrantes de la sociedad.

Como sucede al leer la historia maya en los últimos cuatrocientos años del período clásico, en los cuales, el encumbramiento del poder político, las alianzas urbanas, las

guerras y los trágicos abandonos de las espectaculares ciudades, deslumbran pero ocultan, los más de dos mil años de difusión y ocupación de nuevas áreas. Allí se percibe y detecta la velocidad de los cambios: pero no necesariamente los cambios ocurridos en sí.

Y ello obliga a más de una reflexión, en cuanto que la cultura –en antropología– es cambio por definición.

Otro aspecto al cual hicimos referencia (y debemos reiterar), es el de la indisoluble relación tiempo espacio, que terminan por ser una bivarianza del mismo tema. Y ello es sumamente importante: porque al introducir el espacio en el tiempo, introducimos conjuntamente (entre otras) la legitimidad del medio ambiente (otro gran tema socio-cultural).

La cultura que la arqueología estudia, se expresa no sólo en relación al tiempo, sino, en indisoluble relación con el ambiente. Como cuando en su historia, grupos indígenas de las planicies norteamericanas recuerdan con particular énfasis y dramaticidad, los cambios que debieron enfrentar en la sequía, (cuantificable hoy en unos tres a diez años) y omiten el relato (no lo perciben históricamente) de los dilatados años de permanencia en esa misma área, en un medio que fuera entonces cuasi edénico.

Los tiempos del medio ambiente no son paralelos, ni equiparables a los inventados en la cultura-sociedad. En realidad, los procesos medio ambientales son de dilatados términos frente a los sociales. Y ello introduce lecturas distorsionadas cuando, por ejemplo, se generan impactos ambientales de corta extensión en los tiempos históricos.

Por ejemplo, la erupción del volcán situado en la actual isla Santorini en el Mar Egeo, obliteró toda referencia material a la importante sociedad urbana allí desarrollada en tiempos pre-micénicos. La traducción “histórica” que generó ese hecho, fue recuperada como el mito de la desaparición de la Atlántida.

Varios otros cataclismos se sucedieron en dicha área mediterránea. Ninguno de la magnitud de aquel. Los períodos en que se producen tales ajustes de las placas continentales y la superficie terrestre no son necesariamente “históricos”. La percepción que tenemos de ellos resulta así (para nos) ambigua e intemporal. Lo que nuestra “historia” narra, es apenas una evocación mítica de un suceso geológico real.

Otro caso puede considerarse en los cambios paleo-ambientales producidos en el noroeste del Uruguay entre los diez mil y seis mil años atrás. Se pasa de la estepa helada, al desierto y luego al bosque. Los seres humanos que allí vivían modificaron, pero también inventaron herramientas para adaptarse al cambiante medio. Y fueron a su vez, descartando útiles y readaptando formas sociales para operar en ellos con efectividad. Con estrategias de supervivencia genética.

En este ejemplo, como hay imposibilidad o dificultad en reconocer la profunda variación ambiental desde nuestra perspectiva histórica, se termina atribuyendo a mero cambio cultural, lo que es importante adaptación ambiental. Y se minimiza y pauperiza la plasticidad de la acción humana. Es así también que grandes revoluciones que se perciben en lo biológico o en lo tecnológico, han sido “leídas” como producto de cambios genéticos o conductuales, cuando en realidad son respuestas ineludibles (pero siempre variadas) a estímulos exógenos.

Este complejo juego de lecturas alternas y co-variables, hace que las sociedades desarrollen no sólo estilos de vida y subsistencia correlacionados al medio, sino **una temporalidad propia** de esos estilos de vida. En otras palabras y apelando a una esquematización caricaturesca, imaginemos las concepciones del tiempo de un caribeño y un sajón respecto al trabajo, la diversión y el descanso.

Lo que decimos, es que distintas sociedades crean **específicas formas de tiempo** que les son propias. Y esto se aplica tanto entre sociedades actuales como entre sectores diferenciados de esas mismas sociedades (por religión, economía, producción, etc.). Proponemos como nuevo ejemplo, las micro-sociedades urbanas y rurales de nuestro

país, sus valoraciones diferenciales del tiempo y la forma en que operan cotidianamente en él. Y obviamente, cómo ponderan y utilizan sus espacios.

Taxonomías del tiempo

Así como otras disciplinas clasifican el tiempo, la profundidad con que opera la arqueología le permite formular múltiples taxonomías. Y la aplicación de los modelos resultantes, son tan diversos como los paradigmas teóricos subyacentes y los espacio-tiempos en consideración. Para ilustrar este punto me remito a Gosden que utilizando a Braudel, Heidegger y Bourdieu nos plantea la existencia de tiempos diferentes en cada sociedad, en función de la interacción consciente que hace con el mundo.

Los tres tiempos que explicita, son en realidad tres niveles relacionados jerárquicamente. Así tendremos:

- **Tiempo personal:** el de la vida de un individuo;
- **Tiempo público:** donde operan las fuerzas del poder institucional. Que más que una unidad, es un mecanismo de manejo de lo “habitual”. En sus palabras, es “*un conjunto de patologías que generan nuevos problemas*”.
- **Tiempo sedimentario:** que es lo recursivo de lo social. Es aquel tiempo que esta inserto en la cultura material. Cuyos restos (lo arqueológico) son los únicos perceptibles en el largo plazo.

Esta taxonomía tiene la habilidad de dejar espacios para aceptar los conflictos que surgen entre uno y otro de estos niveles, los cuales producen rupturas y fundamentalmente, **percepciones distintas de las disrupciones**.

Cuando las percepciones son generadas desde un nivel distinto a aquel en que se produjo la disrupción, se introducen lecturas alternas, distorsionadas y equívocas del suceso ocurrido. Este es un fenómeno paradigmático de las lecturas históricas en los procesos humanos.

¿Cómo podríamos aceptar entonces que una sola concepción del tiempo sea capaz de monitorear a otras, o a otros niveles de ella misma? Antropológicamente esto no es válido. Sólo el etnocentrismo de nuestra cultura occidental es capaz de proponérselo y operar con dicho sofisma con total impunidad.

Este es un sutil sofisma que interdisciplinariamente se utiliza y reedita. En un uso impropio y equívoco de la arqueología –del pasado extenso–, para “justificar” un evolucionismo lineal bajo el “paraguas” nomotético del aporte exodisciplinario.

Así se ha recurrido a un supuesto proceso acumulativo y lineal en el desarrollo de las herramientas utilizadas por los humanos, que iría de lo elemental a lo complejo. A pesar de que todas las evidencias arqueológicas, rechazan esa afirmación.

O se utilizan actuales conductas de aprendizaje del desarrollo del niño, para generar su analogía con un desarrollo similar de la humanidad, de acuerdo a la prehistoria. Cuando en realidad esta (ajena al malhadado uso que se realiza de datos singulares), pauta que los humanos desarrollaron complejas como múltiples conductas adaptativas (que no necesariamente fueron acumulativas) a lo largo de centenas de miles de años.

Así llegamos a un doble polo de equívocos. La explicación de sucesos ocurridos en otro nivel de tiempo, como si se hubiesen dado en éste, y la lectura etnocéntrica de “habitualidades” que nos son ajenas. Es solo así, con este manejo lineal y aparentemente “lógico”, que podemos inventarnos **pasados, tradiciones e identidades étnicas y sociales**. Somos así capaces de reordenar eventos sociales fuera de su orden histórico, esquematizando, minimizando o suprimiendo acciones y sucesos que no son perceptibles desde el nivel temporal en que nos ubicamos. Generamos así historias de “cuasi-eventos”, enmarcados en “cuasi-caracteres”, a través de estrategias teleológicas.

Es comparable a cuando, operando a través de la óptica del análisis de un sólo individuo (paciente), maniqueizamos respecto a conductas sociales compartidas, o supuestamente compartibles. Utilizamos tiempos sociales de acción y omisión,

arrastrando en el mismo alud, la confusión entre cultura y civilización, entre individuo y sociedad.

Reduccionismo e hiperreduccionismo

Pese a que Durkheim hace ya unos sesenta años advirtiera que ninguna clase de conocimiento sociológico puede derivarse desde el individuo, en muchas oportunidades estos encuentros interdisciplinarios nos permiten observar que dicha crítica aún no fue incorporada.

En otras oportunidades, este equívoco uso de lo individual, surge oculto detrás de términos como “motivaciones” o “intenciones”. Como cuando los economistas postulan que su monitoreo de las expectativas del individuo, puede llegar a determinar aquellas colectivas de un mercado. Una más que curiosa aproximación, que Peoples resume así:

“Los sociólogos y antropólogos que adoptan la aproximación individualista (Blau, Homans, Barth) han sostenido esta perspectiva bajo la proposición que los atributos colectivos pueden ser siempre reducidos a los cálculos estratégicos del propio interés de los actores”.

Lo cual es un **reduccionismo**. Porque no es viable epistemológicamente equiparar conductas individuales a procesos (reitero: procesos) sociales. Los que a su vez son parte de procesos mayores y más complejos, o peor aún, de distinto nivel (lo cual significa que se utiliza la homología, no la analogía).

Esta postura crítica, está en la base del enorme desarrollo que tuvo la teoría de sistemas en lo social. La firme aceptación que la suma de las partes no era nunca el todo.

Pero si bien el reduccionismo psicológico tiene graves riesgos, hay otra forma de macro-reduccionismo por el que se procura explicar fenómenos de pequeña escala, a través de la imposición de datos recogidos en un macro-nivel. Tal como lo establecen algunos postulados de la Escuela de Chicago y que Cornelius señalara:

“...hay substanciales dudas acerca de la premisa de que la investigación puede hacer afirmaciones sobre predisposiciones políticas o rasgos psicológicos sobre la base de datos recogidos en macro unidades como ciudades, estados o provincias”.

La “habitualidad” académica y nuestros ortodoxos paradigmas, han permitido extender la validez de propuestas de un nivel micro sobre el macro, con casi total impunidad.

Esto se logra en base a una masiva dosis de **evolucionismo**, otra similar de **funcionalismo biológico**, junto a un axiomático concepto de la **linealidad** del tiempo y de una supuesta irrefutabilidad de los **agregados**. O sea: postulamos que la sumatoria de pautas individuales, nos permite predecir el conjunto.

Y ello no es así. Lo micro y lo macro tienen no sólo extensiones distintas, sino fundamentalmente **propiedades distintas** que no son intercambiables, ni reducibles.

Es necesario identificar que lo micro y lo macro, se definen convencionalmente en tres dimensiones: el **tiempo** (por ejemplo la justificación de esta presentación), el **espacio** (que implica para un arqueólogo tanto el tamaño, como la ubicación topológica de las unidades en el contexto donde aparecen) y la **causalidad** (o sea, los procesos: las formas de explicación de los procesos conductuales).

Pero ¿cómo definir lo micro y lo macro?

Es muy sencillo. Pregúntele a un astrónomo que investiga la expansión del universo a partir de la teoría del “big bang”, qué es para él un micro evento. Responderá que quizás sea el que opera en apenas sólo unos cuantos millones de años. Y si en el mismo edificio de la Facultad de Ciencias de Montevideo nos desplazamos tres puertas más, y repetimos la pregunta a quien estudia la composición de los genes, responderá, con absoluta convicción, de que el gen es la macro unidad de análisis. Así de sencillo.

Otra forma de conceptualizar la vaguedad de lo micro/macro es considerar lo micro como “pequeñas escalas” y lo macro como “grandes”. Conjuntamente también podemos referirnos a lo micro como lo “local” y lo macro como a lo “externo”. Esta doble polaridad nos permite ahora considerarlos en una valoración cuádruplo: una tabla de doble entrada. En la que puede haber **micro** como eventos “locales” y sin embargo “amplios”, y **macro** como aportes “exógenos” en un proceso limitado.

	Micro	Macro
Micro	Pequeño	Local
Macro	Grande	Externo

Otras construcciones del tiempo

La percepción que en general tenemos de este nuestro tiempo, viene prioritariamente a través de la historia, la cual en general focaliza sus objetivos en estudios sincrónicos de comunidades reducidas y dentro de períodos acotados. Lo mismo ha sucedido con la gran parte de los estudios actuales de antropología aplicada. Un legado que arranca en 1877 con Morgan y que varias disciplinas han “adoptado” en forma por demás ingenua. Tal como en anterior oportunidad lo señaláramos respecto a algunas propuestas de Freud.

Esas aproximaciones al tiempo (económicas, psicológicas, históricas y antropológicas) en general inducen la idea de que operamos con fracciones de un todo. No siempre estamos alertas en reconocer que en realidad, tratan sobre microprocesos insertos en procesos amplios. Y que la complejidad de dicha macroescala no se da, no se puede dar, por la mera sumatoria de las partes. Porque los macro procesos producen *sus propios fenómenos* y fundamentalmente, *formas de articulación interna que no existen* en los micro procesos.

El acceso a este nuevo enfoque no se logra aplicando la teoría de sistemas, ni por declaradas aproximaciones holísticas. La primera, porque en esencia la teoría no es tal: es apenas un conjunto de estrategias para plantear problemas. Y la segunda, porque en la práctica se enfrentan al problema aquí señalado: como considerar conductas humanas, a través de la miríada de sistemas interdependientes e interrelacionados que operan en los **varios niveles** en que ellas se generan.

Lo micro y lo macro (relativos como son) son **articulaciones de niveles**. Que interactúan en cooperación, conflicto, integración, coordinación y otras formas de relación. Son complementarios y dinámicos: altamente dinámicos.

La ausencia de esta última conceptualización, permitió que la antropología generara tipologías sociales que produjeron vergonzosas clasificaciones. Como la formalización en pares antinómicos de las comunidades folk en *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* (estas últimas que resultaban fácilmente reconocibles para cualquier visitante, por sus ostensibles características tipológicas de ser “*hostiles, traicioneras, alienadas, impersonales y desviadas*”). Un ingenuo y bastardo engendro de la tradición romántica de la cultura occidental, que ha permitido estigmatizar sectores sociales.

Podemos recordar otro ejemplo similar en la validación de los mapas étnicos y lingüísticos sobrepuestos a los mapas políticos. En África estas pseudo realidades indujeron graves errores con las nuevas **macro** “naciones-estados”, que se suponían eran los modelos europeos que superaban al micro mundo poscolonial. Y que acabaron (en realidad, aun lamentablemente no lo hicieron) en terribles etnocidios. Y cuyas actualizadas aplicaciones, se extienden hoy a los nuevos estados surgidos entre maquiavélicos partos en la propia cuna europea de esta civilización cronologizada.

A través de este planteo de la imposibilidad de integrar y manejar (operar) con elementos de lo micro en lo macro (y viceversa) como partes símiles de un mismo rompecabezas, que podemos mejor ubicar la absoluta relatividad del concepto tiempo

con la que he procurado jugar antropológicamente –en forma provocativa– desde el inicio.

Un concepto del tiempo que es sólo parte de interrelaciones generadas en los procesos de lo micro y lo macro. Un tiempo que como efímero y potente **artefacto** cultural, está enlazando (*intertwining*) los distintos niveles sociales. Que discurre **transparente e invisible** para emerger sólo en determinadas circunstancias de un proceso. En aquellas circunstancias en que **deseamos percibirlo** para acotar los fenómenos. Allí le imponemos prioridad sobre los otros parámetros sociales. Le inventamos una relación unívoca (que pese a nuestros esfuerzos, irrumpe en distintos y múltiples planos); que no posee unidad intrínseca, ni le es inherente cualquier ponderación absoluta.

Un tiempo sin existencia propia: apenas un subproducto de nuestro afán de establecer hitos, demarcaciones, fotografías, imágenes congeladas de alguna parte del complejo y multidireccional proceso cultural. Pero también un tiempo que hasta la física actual, no le brinda el rotulo de irreversible.

Bibliografía

Consens M. “Arte, alucinación y antropología”. *Relaciones* (Uruguay) 1988; 54: 15-17.

Consens M. “La des/construcción del pasado en la época de Freud”. En “Lo arcaico, temporalidad e historización”. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1995: 89-100.

Consens M. “Entre Niveles y Escalas: Relaciones Desatendidas”. *Coleção Arqueología Vol. I*. Porto Alegre: Pontificia Universidade Católica, 1996: 429-442.

De Walt B, Pertti JP. “Microlevel/Macrolevel Linkages: An Introduction to the Issues and a Framework for Analysis”. En “Micro and Macro Levels of Analysis in Anthropology”. Inglaterra: Westview Press, 1985: 1-21.

Loomis C, Ferdinand T. “Fundamental Concepts of Sociology: Gemeinschaft und Gessellschaft”. Nueva York: American Book Company, 1940.

Prigogine Y, Stengers I. “Order Out of Chaos”. Londres: Bantham Books, 1988.